

## El bautismo, los carismas y la misión de los movimientos a la luz de una Iglesia sinodal

1. ¡Buenos días a todos! Soy la profesora Simona Segoloni y me ocupo de la eclesiología. Por eso, hoy hablaremos juntos de los movimientos y de la iglesia. Habéis visto que hemos añadido el adjetivo "sinodal" a la palabra Iglesia, esto se debe a que la Iglesia, que es siempre la misma, puede tener diferentes formas, diferentes modos de organización y estructura, que dependen de la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma y, por tanto, de su relación con Dios. A partir de la solemne conciencia que la Iglesia expresó de sí misma en el Concilio Vaticano II, comenzó un camino que hizo madurar la idea de una Iglesia sinodal, es decir, una forma de Iglesia, de la que aún no tenemos mucha experiencia, en la que el discernimiento para las decisiones que se deben tomar sobre la vida eclesial y sobre el anuncio de la fe se hace de manera compartida por todos los miembros de la Iglesia (aunque haya diferentes formas de participar en la Iglesia). Este proceso). Decimos esto al principio porque nos ofrece un horizonte claro: lo que experimentamos como creyentes y también como movimientos no puede separarse de lo que vive toda la Iglesia y debe ponerse en circulación para la vida y el bien de todos. Por otro lado, no es posible ser iglesia sin dejarse instruir y nutrir por las experiencias de los demás. Lo que sucede entre los creyentes y entre los diferentes grupos de creyentes (como los movimientos), las relaciones, los dones, los intercambios, incluso los conflictos, todo esto es iglesia y es decisivo, en una iglesia sinodal, reconocer la acción del Espíritu y la dirección que nos indica para el bien de todas las mujeres y hombres de nuestro tiempo.
2. Ahora, si la iglesia sinodal es nuestro horizonte, pasamos a tratar la relación entre bautismo (que podríamos extender a la experiencia del creyente), carismas (que trataremos de comprender mejor: ¿qué es un carisma? ¿Hay personas sin carismas? ¿Se puede tener el mismo carisma en más de una persona?) y movimientos (tratando de entender qué son dentro de la Iglesia: ¿cuándo tiene lugar un movimiento y por qué? ¿Qué relación tiene con el resto de la iglesia?).
3. Comencemos con el bautismo, entonces. Aquí no pensamos específicamente en el sacramento, sus modalidades y su significado, nos limitamos a recordar que el bautismo es el sacramento de la fe. Para explicar esto, le pido que ponga entre paréntesis el hecho de que en muchos países la práctica normal es bautizar a los niños (aunque la práctica del bautismo de adultos ciertamente no está ausente ni siquiera en los países de la más antigua tradición cristiana). Bautizamos a los niños porque desde los primeros siglos se pensaba que nacer hijos de cristianos, es decir, nacer en una familia cristiana, les permitía ser incluidos en la vida de fe incluso antes de poder elegirla (gracias al vínculo con sus padres y a la vida en la familia), pero aunque se trata de una práctica antigua e importante no debemos olvidar que el bautismo es por su naturaleza el sacramento de la fe, de hecho, sella el camino de conversión de una persona que decide vivir el Evangelio y al mismo tiempo la introduce, como primer paso, en el camino de la iniciación a la plenitud de la vida de fe y de participación eclesial.
4. Por lo tanto, tenemos un vínculo decisivo entre el bautismo y el ser creyentes: el bautismo es precisamente el sacramento que expresa y al mismo tiempo realiza la fe de la persona. Y la fe, como el bautismo, tiene dos dimensiones fundamentales: una interior, profundamente personal, que podríamos resumir en el descubrimiento de que somos amados ilimitadamente por Dios en Cristo y en el Espíritu (y obviamente la decisión de querer responder a este amor), y una dimensión relacional, que nos une a los demás (el entrelazado de estos vínculos de la Iglesia que nos unen unos a otros es precisamente la Iglesia). Si lo pensamos, la experiencia de la fe, tan íntima, personal y profunda, es siempre una experiencia que nos viene de otros (otros nos han dado testimonio del Evangelio, otros nos han hablado de Cristo y nos han permitido comprender que su palabra es verdadera, otros la han conservado durante siglos hasta nosotros). Ésto ciertamente no significa que solo los que creen en el Evangelio experimentan a Dios: el Espíritu de Dios sopla donde quiere y de manera insondable atrae el corazón de todos los seres humanos que lo desean (sin discriminación de personas), sino la experiencia cristiana de Dios, la que proviene de un reconocimiento explícito en Cristo como Señor de nuestra vida, siempre se hace vinculándose con otros: los que nos han precedido y los que hoy viven la misma experiencia.

Releamos el breve (algo enrevesado) pero decisivo texto de la primera carta de Juan, justo al principio: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos

contemplado y tocado con nuestras manos, de la Palabra de vida, porque la vida se manifestó, y la hemos visto, y de ella damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y nos fue manifestada, lo que hemos visto y oído, Os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo".

En este texto se nos explica que desde que Dios (la vida: ¿no te parece hermosa esta definición concisa y preciosa de Dios?) se hizo carne (es decir, en la vida de Jesús fue visto, tocado, oído) podemos hablar de él para que incluso aquellos que no estuvieron presentes puedan oír, ver, tocar lo que sucedió y, Una vez creído, experimentarlo en la propia existencia como si hubiera estado presente (pongamos un ejemplo de una buena noticia que se nos informa: cuando, por ejemplo, se difunde la noticia del fin de la guerra... nada ha cambiado todavía... Sin embargo, todo ha cambiado... no estamos presentes en el frente... sin embargo, es como si estuviéramos allí). Esta historia, sin embargo, nos dice Juan, determina un vínculo (lo proclamamos para que puedas estar en comunión con nosotros): los que creen se encuentran entrelazados y precisamente en esta experiencia entrelazada la comunión con Dios (en Evangelium Gaudium 113 el Papa Francisco escribe que la salvación pasa precisamente dentro de la densa red de las relaciones interpersonales). Dios puede vincularse y se vincula a los seres humanos de maneras que no podemos comprender ni definir (nadie sabe quién está en comunión con Dios, incluso si puede adivinarlo por sus frutos), pero cuando se trata de la experiencia cristiana, la comunión con Dios siempre pasa por vínculos eclesiales.

La experiencia de él y la vida en la Iglesia se dan siempre juntas, así como el bautismo, del que partimos, es sacramento de fe y al mismo tiempo entrada en la Iglesia.

5. Sin embargo, si la fe cristiana nos vincula constitutivamente, por su naturaleza, a los demás creyentes, es fácil comprender por qué dentro de la Iglesia hay procesos continuos de "agregación", es decir, el proceso fundamental que introduce a las personas en la fe uniéndolo a toda la Iglesia se repite continuamente a diferentes niveles, podríamos decir a pequeña escala. Por lo tanto, tenemos diferentes formas en que los creyentes se unen y entrelazan entre sí, formando "grupos" reconocibles dentro de la realidad eclesial más amplia.

Algunas de estas "agregaciones" son esenciales para la vida cristiana (es decir, estructuran de tal manera la iglesia que no se puede ser cristiano sin pertenecer a estas instituciones) y son las diócesis (que a su vez se agrupan en varios niveles), pero también las parroquias (u otras subdivisiones de una iglesia local) que son fragmentos de una diócesis en la que se reflejan los mismos elementos de la diócesis, pero en dimensiones más pequeñas precisamente para llegar a todas las personas y fomentar los vínculos.

Luego hay otros grupos: la familia, por ejemplo, que se caracteriza por el hecho de que son los afectos, la sexualidad y la generatividad los que determinan los vínculos entre las personas, incluso si estos vínculos se vuelven capaces (para los cristianos) de asumir propiedades eclesiales (el amor recíproco que se da en todas las familias, para los cristianos se vuelve capaz de hacer que las personas experimenten la presencia de Dios, además, en las familias cristianas el testimonio del Evangelio se da por la vida que se vive y se realiza la transmisión de la fe: todas características propiamente eclesiales).

6. Sin embargo, además de la familia, hay muchas otras agregaciones eclesiales que, en cambio, surgen de compartir objetivos (piense en una unión cristiana o una asociación teológica) o de compartir una experiencia espiritual. De hecho, la misma experiencia de creencia que todos tenemos difiere de una manera única para cada uno.

Me detendré por un momento en esta singularidad de la experiencia del creyente porque nos lleva directamente a los carismas (otro término que se nos había confiado en el título). No podemos decir que Dios es Señor sino bajo la acción del Espíritu, por lo que la fe es una condición existencial (dije antes una conciencia de ser amados ilimitadamente, de estar inmersos en el amor) que vivimos porque dejamos que el Espíritu nos invada y se apodere de nosotros (un poco como cuando nos enamoramos y dejamos que la belleza del otro nos invada hasta el punto de cambiar nuestras perspectivas, nuestras prioridades, nuestros días).

Este Espíritu que nos invade se apodera de lo que somos y por eso cada creyente es único: la experiencia de descubrir que somos amados por Dios en Cristo es siempre la misma, pero la existencia creyente que brota de ella es siempre diferente porque depende del encuentro entre el Espíritu de Dios y lo que es

cada persona (sus cualidades, su historia, sus deseos, sus habilidades, sus heridas...). Cada creyente es una obra única del Espíritu que (y aquí está la dimensión comunitaria de los vínculos que nunca puede faltar) impulsa a la persona, así poseída por el amor y plasmada por él de manera única, a convertirse en un don para los demás.

La existencia creyente moldeada por el Espíritu se ofrece a otros creyentes. Cuando pensamos en los carismas, debemos pensar precisamente en esta dimensión fundamental de la vida cristiana: si somos creyentes, significa que el Espíritu de Cristo habita en nosotros y este Espíritu nos forma y nos impulsa hacia los demás como un don. No tanto por lo que sabemos hacer (esto puede ser un aspecto, pero es secundario) sino por lo que somos. Cada vida cristiana es, por lo tanto, carismática y fundamental para todos los demás creyentes.

7. La imagen de la iglesia como cuerpo que Pablo usa en sus cartas precisamente cuando tiene que explicar la dimensión carismática nos ayuda: cada creyente es como un miembro de un cuerpo, no tanto por una función única (que también se puede encontrar, pero no es la esencial) sino precisamente porque está animado por el mismo Espíritu que hace vivo el cuerpo y lo constituye: No notamos la función de cada célula o cada gota de sangre, sin embargo, el cuerpo vive gracias a cada una de estas pequeñas y a menudo anónimas partes de sí mismo. Lo que el Espíritu hace de nosotros se ofrece a la Iglesia para que pueda vivir: lo que somos, simplemente, es un don fundamental para el buen funcionamiento del organismo eclesial. Cuidarnos, por tanto, del don del Espíritu en nosotros, nos lleva inevitablemente a dirigirnos a la Iglesia para ofrecer este don. Es bueno recordar que el Espíritu siempre nos empuja hacia los demás con el profundo deseo de hacerlos vivir. Además, cuando se trata de la vida eclesial, nos damos cuenta de que sólo vivimos juntos, sólo en este entretejido de dones (cada uno es un don para todos los demás) que nos constituye como un solo cuerpo. Dios es vida, ser llenos de él (por su Espíritu) nos hace no solo vivos, sino capaces de dar vida.
8. Ahora, después de tratar de aclarar qué es un carisma, volvamos a hablar de las diferentes agregaciones y llegamos en particular a los movimientos. Se trata de un grupo de creyentes que descubren que están unidos por un tono particular de fe, nadie pierde su individualidad carismática (es decir, el Espíritu que se apodera de nosotros y nos hace únicos por un don sigue siendo un hecho fundamental de nuestra vida cristiana) pero puede suceder (a menudo sucede en diferentes niveles agregativos de los que hemos dado una mención) que compartamos no solo la experiencia fundamental de la fe (y esto nos convierte en un cuerpo solo con toda la Iglesia, pero también con nuestra diócesis) sino también una parte específica de la propia experiencia de creencia, un aspecto, un tono, un propósito, un sentimiento. Es compartir una parte del propio carisma (porque nunca se pierde la propia singularidad de la que la Iglesia ha necesitado) y este compartir forja un vínculo importante con todos aquellos con quienes se realiza el compartir mismo. Cada uno de ustedes sabe por qué está en un movimiento, qué lo impulsó a decir que esta agregación le era familiar, lo ayudó o al menos lo atrajo, pero este algo es el reconocimiento de un aspecto común de la experiencia creyente de todos los miembros. Descubrimos que estamos unidos por un aspecto de nuestra experiencia personal y esto nos hace sentir como un nosotros, un cuerpo reconocible dentro de la iglesia, porque en la iglesia las experiencias espirituales adquieren una visibilidad concreta, social e incluso institucional. Este descubrimiento de formar parte de un "nosotros" con el que compartimos más estrechamente inclinaciones personales o estilos personales no sustituye a la pertenencia a la Iglesia local y a toda la Iglesia, sino que la enriquece y complica (no en sentido negativo sino en sentido descriptivo, es decir, el creyente tiene una multiplicidad de formas de pertenecer a la Iglesia, todas ellas importantes y vitales).
9. Hemos dicho que las agregaciones de creyentes, por lo tanto también los movimientos, son connaturales a una experiencia, como la cristiana, que trae consigo la agregación (en la Iglesia y en fragmentos de ellas) y también hemos dicho que pertenecemos a varias agregaciones. Debemos preguntarnos entonces cómo están todas estas realidades juntas. De hecho, puede suceder que las agregaciones que sentimos más cercanas a nuestras cuerdas (movimientos por ejemplo, pero también puede suceder con una experiencia parroquial nutritiva enriquecida por vínculos personales significativos) se conviertan en un lugar cómodo, que nos corresponde más que a otros, con personas que nos comprenden, y puede suceder que todo esto nos lleve a devaluar otros tipos de pertenencia eclesial como menos plenas o menos

importantes. como eso a toda la iglesia o a la iglesia local.

Cuando se cae en este engaño, la agregación eclesial que se da en el movimiento pierde su sentido, porque toda agregación nacida de la fe y, por tanto, de la participación del carisma, ni siquiera existe (precisamente porque proviene de la fe) sin la agregación fundamental y original de los creyentes en la Iglesia (que es entonces signo e instrumento de esa agregación de todos los hombres y de todas las criaturas que Dios quiere). Así como todos se hacen carismáticos, es decir, están habitados por el Espíritu para ser un don para todos, como un miembro que está unido al cuerpo y colabora en su vida mientras colabora en la suya propia (cada célula cancerosa es una amenaza mortal para el cuerpo pero también para la célula misma), así compartir una parte del carisma con los demás (compartir que da origen al movimiento) debe ser para la vida del cuerpo Todo (podríamos pensar en el movimiento como un órgano dado por un conjunto de tejidos que tienen la misma función y realizan una tarea específica para la vida de todo el cuerpo).

10. Si los movimientos se entienden de esta manera, como una parte inmersa en una vida más amplia y vinculada a todas las demás y también a otras agregaciones diferentes; Sólo si cada uno de nosotros, por muy fuerte que sea su experiencia agregativa (pensemos en lo fuerte que puede ser la de un religioso que se une a un cuerpo eclesial, dejando su casa, su trabajo, es decir, haciendo coincidir toda su vida con la agregación eclesial) sabe que es ante todo parte de la Iglesia local y de toda la Iglesia, Entonces los diversos grupos mantendrán el deseo y la tensión de dirigirse al resto de la Iglesia (en sus diferentes realidades), de vivir con ella, de intercambiar dones. Sin este intercambio, de hecho, no se puede alimentar la vida y la fe y el creyente terminaría lentamente exasperando su propia experiencia confundiéndola con el Evangelio y con la Iglesia (perdiendo, sin embargo, la experiencia cristiana que se conserva en su totalidad solo en la Iglesia) o terminaría por morir porque ya no tendría alimento.

Por otro lado, el carisma que cada uno vive y también la parte del carisma compartido en el movimiento es obra del Espíritu, un don ofrecido a toda la Iglesia para alimentarla. Si se renunciara a este don, la Iglesia sería más pobre. Por lo tanto, frente a lo que se nos da, personalmente y en particular como movimiento, es oportuno preguntarnos: ¿qué puede ofrecer nuestro movimiento a la iglesia concreta que encontramos todos los días? ¿Cómo puedes coser con los otros regalos? Lo que necesitamos

¿Qué pueden ofrecernos los demás? ¿Qué contribución podemos hacer a los problemas que vemos? ¿Cómo podemos participar en el discernimiento de las decisiones, la renovación del anuncio y la reforma de la Iglesia? Con estas preguntas volvemos a lo que dijo sobre la Iglesia sinodal: de hecho, la Iglesia sinodal nos pide que pensemos siempre en nosotros mismos con los demás, escuchando, ofreciendo, fomentando vínculos en todos los sentidos y colaborando en el florecimiento recíproco.

11. Para recapitular y concluir nuestro camino, quisiera volver sobre la enseñanza de la Carta a los Efesios. La carta comienza con un gran himno a Cristo, que se indica como aquel gracias al cual nos hemos convertido en hijos adoptivos (y por lo tanto herederos de la vida de Dios), redimidos de lo que nos hace perder y morir. Todo le es devuelto porque él es el significado de todas las cosas y todo encontrará su plenitud en él. Cristo es señalado como la cabeza de todo lo que existe y también como la cabeza de la iglesia, pero solo de esto, al final del capítulo, se dice que es su cuerpo. Así que tal vez podamos pensar que Cristo es la cabeza de todo lo que existe porque recapitula, da sentido y mantiene unido, mientras que es cabeza de la Iglesia en el sentido de que ella ya está unida a él en una sola vida y, por lo tanto, es capaz de hacerlo presente. Para comprender cómo podemos ser el cuerpo de Cristo, gracias a su Espíritu que habita en nosotros, recordemos dos versículos del Evangelio de Mateo: Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (el último versículo del capítulo veintiocho). Mateo no relata la partida de Jesús, pero Jesús ya no está entre nosotros y sus discípulos. Entonces, ¿cómo puede decir que no se va? Porque lo que Mateo relata en el cuarto de los grandes discursos de su Evangelio, el eclesiológico, situado en el capítulo dieciocho, en cuyo centro afirma: donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. La presencia concreta de Jesús (¿no nos damos cuenta de la presencia con el cuerpo?) es dada precisamente por los que se reúnen, es decir, por los que se unen en su nombre: es decir, por la Iglesia. Para ser el cuerpo de Jesús, su presencia en el mundo, no basta con reunirse, sin embargo, es necesario reunir en su nombre, es decir, según su estilo, su forma de vivir, amar, relacionarse con Dios y con los demás. Al mostrar en nuestras vidas, su forma de vida, está presente nuevamente.

12. Después del himno cristológico, la Carta a los Efesios habla, en el segundo capítulo, de la experiencia de

fe que todos hemos tenido. La experiencia se describe en términos hermosos, un paso de la muerte a la vida "tan muertos como estábamos" "Dios rico en misericordia nos ha hecho vivir de nuevo en Cristo". En la carta a los Romanos, Pablo dice que somos como si estuviéramos "vivos, resucitados de entre los muertos". Esta es una experiencia de amor, un mar que nos rodea, en el que estamos inmersos. No depende de lo que hagamos, al contrario, es el amor derramado sobre nosotros y sobre nosotros (el Espíritu mismo) lo que nos hace obra de Dios: lo que somos es obra suya (así también encontramos lo que hemos tratado de decir sobre lo que significa ser carismático). Esta experiencia del amor de Dios, como dijimos, es personal y, sin embargo, nos une a los demás. La Carta a los Efesios dice que la fe derriba todo muro que separa a los seres humanos y luego, permaneciendo en el registro lingüístico de la construcción de edificios, dice que nosotros mismos somos piedras que sirven para construir juntos un espacio habitable y que los cimientos de este edificio son los apóstoles, es decir, los que transmitieron el primer anuncio, y los profetas, es decir, aquellos que han indicado la voluntad de Dios a Israel a lo largo de su historia. Todo el edificio se levanta bien ordenado si crece en Cristo y si sabe cómo encaja cada piedra con las demás para sostenerlas y crear junto con ellas el espacio vital en el que acoger a otras, este espacio vital es la iglesia misma donde se puede vivir, habitar, nutrir, cobijar, curar...

Todo esto no solo es cierto para los individuos, sino también para las agregaciones eclesiales (y por lo tanto para los movimientos): podríamos decir que hay piedras talladas en la misma roca, que se parecen entre sí en estructura (en la imagen esta semejanza representa la caracterización, la connotación, el color que toma la misma experiencia cristiana si uno se encuentra en un movimiento) pero estas piedras similares no construyen una casa por sí solas ni son útiles si no encajan entre sí junto con los demás. Incluso la propia edificación, es decir, el propio crecimiento y fecundidad, depende de la capacidad de encajar con las otras piedras.

13. Ahora vayamos al cuarto capítulo de Efesios que tiene el corazón de la preocupación de que los creyentes adquieran la conciencia de ser un solo cuerpo. Este es el regalo inicial: hemos visto que creer nos une inevitablemente a los demás, como el ADN que demuestra a qué organismo pertenecen todas las células. Por lo tanto, la unidad del cuerpo debe preservarse porque es preciosa para todos. Ciertamente, la particularidad de nuestra experiencia, ya sea personal, familiar o de movimiento, también es preciosa, pero es preciosa precisamente porque nos une a los demás: si no nos empuja hacia los demás, si está dirigida a la autoconservación o a la autopromoción, si tiende a defenderse, significa que hemos perdido la docilidad al Espíritu.

La diversidad de dones se da precisamente para constituir, para tejer, la unidad. La unidad eclesial es de hecho orgánica, vital, por lo tanto, no está formada por elementos uniformes soldados e irreconocibles, sino por una gran variedad de individuos y agregaciones (incluso la imagen que habla de piedras y edificios expresa la misma realidad, de hecho, la primera carta de Pedro habla de los creyentes como piedras vivas que construyen la iglesia y las piedras vivas eran aquellas que se tomaban de los campos y se cortaban en el lugar de una manera única e irreconocible. ingeniosos por encajarse entre sí con otro cemento que su forma, capaz de apretarlos de tal manera que formen una construcción sólida y compacta).

La diversidad se da para construir el único cuerpo y esto sucede cuando cada uno (individualmente o como una agregación) se dirige a los demás para servirlos, para hacerlos aptos para el ministerio (para citar nuevamente la carta a los Efesios), es decir, para la vida y el testimonio cristianos. La unidad no se impone negando las diferencias o dando a las personas las instrucciones mínimas que deben obedecer, sino que la unidad se teje fomentando la conciencia de la propia experiencia cristiana en los elementos fundamentales y en los dones que el Espíritu da a todos y cada uno de los grupos, haciendo que la misma experiencia cristiana sea siempre diferente. Cuidando las diferencias y la experiencia de la fe, formando, dando herramientas para adquirir conciencia, haciendo adultos, libres, responsables, se construye la unidad. Pongamos la palabra al texto: «Actuando con sinceridad en la caridad, tratemos de crecer en todo, dirigiéndonos a Él, que es la cabeza, Cristo. De él crece todo el cuerpo, bien estructurado y conectado, con la colaboración de cada articulación, según la energía propia de cada miembro, de tal manera que se construye en la caridad».

Preguntémonos entonces: ¿cuál es mi energía y cuál es la de mi movimiento? ¿La de mi pareja y la de mi familia? ¿Sé (profundamente) que mi energía es un regalo para hacer vivir todo el cuerpo y que sin la energía de los demás no puedo vivir?

14. Llegamos ahora a las indicaciones concretas que da la carta para construir el otro y construir la unidad. Lo primero es corregir la "conducta de antes" eligiendo un estilo destinado a edificar al otro junto con uno mismo. Luego se explica cómo, para hacer esto, no debemos perder el tiempo en cosas vanas: en cambio, debemos permanecer llenos del Espíritu (nos hace conscientes de las cosas bellas y nos lleva a dar gracias incluso si los días son malos).

Y llegamos a cómo vivir todo esto en casa: en lugar de hacer como hacen los paganos que subyugan a sus esposas, hijos y esclavos, mortificándolos y construyendo un sistema jerárquico y opresivo, Pablo invita a la sumisión mutua. Por supuesto, cuando leemos este pasaje debemos saber que nuestro sistema social es diferente al antiguo: hoy sabemos que nadie puede ser esclavizado, pero es hermoso ver cómo buscaban la unidad incluso frente a la esclavitud, dando claves de interpretación a los esclavos para que también pudieran vivir una situación tan injusta para que sintieran un solo cuerpo con los demás. Y es maravilloso ver lo que se dijo a los amos (que hoy no deberían existir): sed justos, sabéis que en Dios no hay preferencia por las personas (no hay diferencia de estatus o de rol o de clase social).

Incluso en lo que respecta a los hijos e hijas, hoy sabemos la importancia de ciertos aspectos educativos: para mejorar, para confirmar, para no mortificar, para no asustar. En aquel entonces, sin embargo, los padres (solo ellos porque las madres no tenían poder real sobre sus hijos) eran considerados amos y como esto no permite la unidad se dan indicaciones. En resumen, la guía de los padres sirve para hacernos crecer, para hacer florecer la diversidad de aquellos que se nos dan, no para oprimirlos o controlarlos.

Finalmente, hoy sabemos que las mujeres tienen la misma dignidad que los hombres y que no deben ser sumisas, pero entonces no era así y por lo tanto decirle a la esposa que sea respetuosa y al esposo que ame ayudó a cambiar la condición injusta de los paganos que oprimen. Se trata de llegar a la novedad del Evangelio que se puede vivir bajo el dominio del Espíritu, y eso es lo que se dijo al principio: estar sujetos los unos a los otros.

15. El hilo conductor de todo es no ponerse por encima de nadie, sino servirse unos a otros para poder vivir y así contribuir al crecimiento del cuerpo (de cada uno, eso es). Es válido en la familia, es más, en la familia se aprende este estilo y luego se vive en otro lugar, es válido en las agregaciones eclesiales, es válido en el encuentro entre las agregaciones y otras realidades eclesiales, es válido para toda la Iglesia.

16. Concluimos observando que preservar la unidad implica cuidar la propia diversidad para que se convierta en un recurso para los demás y al mismo tiempo implica dedicarse al florecimiento de los demás, en la conciencia de que su diversidad nos nutre. Esta lógica es válida en la familia (hay que valorar los dones que tienen las diferentes personas porque si cada uno vive lo mejor que puede todos los demás se enriquecen), esta lógica también es válida en los movimientos (a veces puede ocurrir que pidamos a la gente que sea todos iguales para destacar lo que tenemos en común, pero una realidad agregativa es más vital si cada uno puede llevar lo que el Espíritu ha hecho en él, porque este es precisamente el don dado al movimiento), pero también es cierto para la presencia de un movimiento en una parroquia o una diócesis o en toda la Iglesia (a menudo las iglesias en las que viven los movimientos parecen defenderse como si se tratara de un cuerpo extraño y los movimientos tienden a aislarse como si fueran. Para proteger lo que son, en realidad se trata precisamente de comprender qué de la experiencia que se vive como movimiento puede alimentar a la Iglesia en la que se está y cómo, tratando también de alimentarse de la vida de esta Iglesia, que es -recordemos- esencial).

No es fácil dar recetas prácticas sobre este punto, es una actitud a tomar y un desafío a afrontar, recordando que valorar los diferentes dones no significa renunciar a la unidad y al mismo tiempo preservar la unidad no debe llevar a renunciar a lo que obra el Espíritu.